



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

33.- Los débiles en la fe



unánimes

Estudios Bíblicos

O.33.- Los débiles en la fe

1. El texto

Romanos 14:1-23

Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones. Uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, solo come legumbres. El que come de todo no menosprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido. ¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio Señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerlo estar firme.

Uno hace diferencia entre día y día, mientras que otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa. El que distingue un día de otro, lo hace para el Señor; y el que no distingue el día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y también da gracias a Dios.

Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir para ser Señor así de los muertos como de los que viven.

Tú, pues ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano?, porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, pues escrito está:

«Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios».

De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.

Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano. Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo; pero para el que piensa que algo es impuro, para él lo es. Pero si por causa de la comida tu hermano es entristecido, ya no andas conforme al amor. No hagas que por causa de tu comida se pierda aquel por quien Cristo murió. No deis, pues, lugar a que se hable mal de vuestro bien, porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres.

Por lo tanto, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación. No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas a la verdad son limpias; pero lo malo es comer algo que haga tropezar a otros. Mejor es no comer carne ni beber vino ni hacer nada que ofenda, debilite o haga tropezar a tu hermano. ¿Tienes tú fe? Tenla para ti mismo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprue-

ba. Pero el que duda sobre lo que come, se condena a sí mismo, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado.

2. Introducción

Pablo, al irse acercando al fin de esta epístola se da cuenta de que hay un importante problema que no ha tocado aun, a saber, el de la relación entre los débiles y los fuertes. Los fuertes eran aquellos que podían captar el significado de la muerte de Cristo para la vida diaria; es decir, para la comida y la bebida, etc., los débiles no podían hacerlo.

Dios, en el Antiguo Testamento, había establecido ciertas reglas con respecto a animales puros e impuros. Solo los puros eran permitidos como comida.

En relación con su enseñanza de que lo que entra en una persona desde afuera no es lo que lo hace impuro, Jesús había pronunciado puros a todos los alimentos. Pero si tenemos en cuenta que aun Pedro fue lento en apropiarse de las plenas implicaciones de este pronunciamiento del Señor, es comprensible que la situación se le haría aun más difícil a otros judíos conversos al cristianismo.

Hay quienes han sugerido que en la iglesia de Roma el choque entre quienes comían carne y quienes se abstendían de hacerlo se hizo más explosivo cuando los judíos que habían sido expulsados de la ciudad por Claudio regresaron. Durante su ausencia la iglesia de Roma no experimentó dificultades, pero cuando ellos regresaron a Roma comenzó a desarrollarse una relación algo tirante entre ambos grupos étnicos. No puede determinarse si esta teoría es correcta, pero podría ser. La opinión según la cual “los fuertes” eran la parte gentil de la congregación, la mayoría, en tanto que “los débiles” eran la parte judía, parece ser confirmada. Sin embargo, esto no significa que solamente gentiles pertenecían a la parte fuerte y sólo judíos a la débil. Pablo era un “hebreo de hebreos”; no obstante, él se incluía entre los fuertes.

¿Pero no es que Cristo, por su muerte en la cruz, había cumplido, y por ello abolido, los símbolos del Antiguo Testamento? Y si aun las reglas dietéticas establecidas divinamente habían perdido validez, ¿no debía lo mismo ser cierto, y aun más definitivamente, respecto a todas las reglas humanas que se habían bordado sobre las mismas?

Por cierto que sí, pero esta inferencia legítima no había sido sacada por cada creyente en Cristo. Muchos de ellos, especialmente los que vivían en Jerusalén y en su zona circundante, aunque también en Roma y probablemente en otros lugares, seguían apegados a sus “tradiciones”.

Ahora bien, en tanto no se adjudicara significado salvífico o mérito de ningún tipo al mantenimiento de dichas reglas y estatutos, y que no se ocasionara ofensa, esta persistencia a aferrarse a lo antiguo podía ser tolerada. Sus adherentes debían ser tratados con amor y paciencia. Esto era cierto especialmente durante lo que podríamos denominar “el período de transición”.

Sin embargo, en las comunidades mixtas inmediatamente se presentaron problemas. Era inevitable que las costumbres—gentiles contra judías—llegarían a estar en conflicto. El hecho que la ley de ordenanzas había sido clavada a la cruz, y que junto con esto todas las reglas de origen humano habían lógicamente perecido, era algo que no le había quedado en claro a todos los creyentes en Cristo. Y el hecho adicional y estrechamente vinculado al anterior, que “en Cristo” el muro de separación entre judío y gentil había sido derribado para nunca volver a ser erigido, era algo frecuentemente ignorado, ¡como lo es aun hoy en ciertos círculos!

3. Consideración con el débil

Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones

Pablo les está diciendo a los miembros de la iglesia de Roma, a quienes considera “fuertes”—es evidente que él está pensando en la mayoría—que no deben cometer el error moral de pasar juicio sobre los que son “débiles” en la fe, que no deben condenarlos por rehusarse a comer carne.

Los miembros “débiles” probablemente razonaban del siguiente modo: “En esta ciudad pagana, ¿cómo sabemos si alguna carne es en realidad ‘limpia’? ¿Cómo sabemos si el animal de que proviene era realmente un animal ‘limpio’? ¿Y cómo sabemos si ha sido procesado del modo prescrito? ¿Y cómo sabemos si no ha sido primeramente ofrecido a los ídolos?”

El apóstol razonaba que en tanto el vegetarianismo de esta gente no resultase de esta convicción: “Al hacernos vegetarianos ponemos a Dios en deuda con nosotros”, ellos debían ser considerados creyentes, hermanos y hermanas en Cristo. Debían ser plenamente “aceptados”, vale decir, no sólo deben ellos ser reconocidos como miembros de la iglesia con todo derecho, sino que también deben ser afectuosamente bienvenidos en la comunión diaria con los otros creyentes.

Desde todo punto de vista la bienvenida que se les extienda debe ser cálida y genuina. Ni aun la sugerencia de “aceptarlos” (¿?) con el propósito de criticarlos adversamente por sus “opiniones” (o “escrúpulos”) debe ocurrírsele a nadie.

4. El tema de la comida

Uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, solo come legumbres. El que come de todo no menosprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido.

Una persona, a saber, la fuerte, está convencida de que no hay restricción válida en contra de las clases de comida que pueda comer y disfrutar. Otra persona, por ser débil come verduras. El fuerte, el que come, no debe despreciar al débil, al que se abstiene.

Sin embargo, esto es exactamente lo que el fuerte se sentirá inclinado a hacer. Tal como ha sido explicado anteriormente, los fuertes, los que comían todo, eran mayormente gente conversa venida de los gentiles, y que en la iglesia de Roma constituían la mayoría. “¿Por qué andarse preocupando por esos pocos vegetarianos?”

El apóstol condena ambas actitudes, la de desprecio y la de condena. Aunque desea que los derechos del débil sean plenamente respetados y que el vegetariano sea tratado con consideración comprensiva y deferencia genuina, él no es menos insistente en demandar que el débil se abstenga de condenar al fuerte, al que come, alegando como razón que “Dios lo ha aceptado”.

5. El juzgar

¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio Señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerlo estar firme.

Lo que Pablo dice es que el que come, es decir, el fuerte, sólo debe responder “a su propio amo”, a saber, al Señor Jesucristo, así como, a guisa de comparación, un siervo o esclavo respondería solamente ante su propio amo. El que come ciertamente no está obligado a rendirle cuenta al que se abstiene. Este último no tiene derecho a condenarle. Y Pablo prosigue: Y quedará firme, porque el Señor es capaz de mantenerlo firme.

La pregunta, entonces, es esta: “Una vez que la persona, por la gracia de Dios, ha tomado a pecho esta lección, ¿rendirá esta preciosa joya?” Es cierto que no puede permanecer en pié por su propio poder. Pero tiene un Salvador que ha dicho: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”. O, como Pablo expresa esta misma verdad: “Y quedará en pié, porque el Señor es capaz de mantenerle en pié”. La otra pregunta, a saber, si el término “el Señor” se refiere, en el caso presente, a Cristo o a Dios, es puramente académica. Una buena respuesta podría ser: “Se refiere a Cristo, y por consiguiente a Dios”.

En la introducción a este capítulo notamos que a más de la diferencia de opinión entre el fuerte y el débil con respecto a la comida, había también una diferencia en lo concerniente a la observancia de días especiales. Tratando ahora a este tema Pablo dice:

6. Los días de celebración

Uno hace diferencia entre día y día, mientras que otro juzga iguales todos los días.

¿Cuál era el día que “uno”, es decir, este o aquel converso al cristianismo, consideraba más sagrado que otro día? Según algunos deben haber sido el séptimo día de la semana, el sábado judío. Aunque tal persona se uniese al resto de los miembros de la iglesia para adorar en el primer día de la semana, él cerraba su negocio y cesaba su trabajo el día sábado. Otros expositores, no obstante, llaman la atención al hecho que la ley de Moisés no sólo distinguía entre carnes, señalándolas como “limpias” o “inmundas”, sino que también prescribía la observancia de ciertos días específicos como fiestas religiosas. Entonces esta gente continuaría adhiriéndose a la legislación mosaica en este punto.

Debemos admitir que no podemos determinar en qué sentido consideraban los miembros débiles de la iglesia de Roma que cierto día fuese mejor que otro, mientras guardaban y honraban el Día del Señor, es decir, el primer día de la semana. Que esta ignorancia nuestra no es muy seria queda demostrada por el hecho que, después de este texto, el apóstol nunca vuelve a referirse en toda la epístola a esta diferencia respecto a días. Pero él insiste en que “cada uno esté convencido en su propia mente” de que lo que hace es lo correcto. ¡Nadie debe hacer lo que es contrario a los dictados de su propia conciencia iluminada por la Palabra! No condene el débil al fuerte; pero tampoco mire el fuerte con desprecio al débil, puesto que:

7. Haciendo todo para el Señor

Cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa. El que distingue un día de otro, lo hace para el Señor; y el que no distingue el día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y también da gracias a Dios.

Pablo dice que la persona que hace la distinción entre días, una distinción que las personas fuertes no harían, no debe ser despreciado por hacerla, ya que lo hace con el propósito de honrar al Señor. Del mismo modo, aquel que come sin prestarle atención a la distinción dietética entre limpio e inmundo no puede ser acusado de ser indiferente a la voluntad de Dios. Al contrario, él también honra al Señor al hacer lo que hace. Tanto el débil como el fuerte, en este asunto indiferente, honran al Señor; el débil, dándole gracias por su comida vegetariana; el fuerte, dándole gracias por su carne.

8. Viviendo para el Señor

Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir para ser Señor así de los muertos como de los que viven.

Notemos lo siguiente:

- a. *“Ninguno de nosotros vive para sí o”*. El hecho que “nosotros”, ambos tipos de cristianos, los fuertes y los débiles, actuamos como lo hacemos se debe a que ninguno de nosotros vivimos una vida egocéntrica. Al contrario, mientras todavía vivimos en esta tierra vivimos para el Señor Jesucristo. Nuestra meta principal es complacerle.
- b. *“Así pues ... del Señor somos”*. Al fin y al cabo, es de este Señor que somos siervos, y a quien pertenecemos. ¿No nos compró él con su preciosa sangre?
- c. *“Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir...”*. No se trata aquí de “vivió y murió”, como si “vivió” se refiriese a la vida de Cristo en la tierra antes de su muerte por crucifixión, sino de “murió y vivió”. Murió, y luego, tras haber resucitado de entre los muertos, fue a vivir en el cielo. Notemos el paralelo: Cristo murió y vivió para ser Señor tanto de los muertos y vivos.

Como nuestro Mediador, Cristo obtuvo el derecho incontestable de ejercer su soberanía tanto sobre los creyentes que ya han muerto como sobre aquellos que todavía viven en la tierra. Este sensorio mediador fue la recompensa por el precio que Él pagó, por la muerte que murió. Por medio de su muerte vicaria, seguida de su vida de intercesión en los cielos, Él se ocupa de que todo lo que Él ha logrado para nosotros, sus hijos, nos sea otorgado.

9. El tribunal de Cristo

Tú, pues ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano?, porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, pues escrito está:

«Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios».

De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.

Anteriormente Pablo había advertido a los fuertes en contra de despreciar a los débiles y a los débiles en contra de condenar a los fuertes. Que no obstante eso era precisamente lo que ocurría y que era un pecado inexcusable queda en claro aquí, donde, en orden inverso (refiriéndose ahora el débil en primer término) el apóstol pregunta con tono acusador por qué un miembro de la iglesia está pecando contra otro. Estos criticones debieran recordar que aquel a quien condenan o desprecian es, en el fondo, un hermano.

Los que juzgan, o desprecian, a un hermano deben también recordar que no son amos sino que Cristo es el Señor; por consiguiente, ellos no son los jueces legítimos sino que Cristo es el Juez. Esto quiere decir que ellos están entonces arrogándose una prerrogativa que les corresponde solamente a Cristo y a Dios.

Pablo dice: “Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo”. Y para confirmar este hecho, él cita el Antiguo Testamento. Como sucede con frecuencia, también aquí la cita es compuesta: la primera parte: “‘Tan ciertamente como que yo vivo’ dice el Señor” puede considerarse extraída de Isaías 49:18; el resto de la cita: “Ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios” proviene de Isaías 45:23.

Las palabras citadas confirman realmente el pensamiento que Pablo había expresado, a saber, que al final cada persona sin excepción rendirá homenaje a Dios, reconociéndole como soberano sobre todas las cosas y aclamándole como justo juez de todos.

Que ciertamente habrá un juicio universal es algo que la Escritura enseña. Que los creyentes tanto como los incrédulos comparecerán ante el tribunal de Dios es algo que queda en claro en varios textos y por supuesto en las enseñanzas de Jesús. Que ciertamente será Dios, por medio de Cristo, el que juzgará, lo enseñan las Escrituras. Es tal como lo expresa esta carta al inicio: “Dios, a través de Jesucristo, juzgará los secretos de los hombres”.

Repitiendo el pensamiento de este versículo (“Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo”), Pablo concluye su reflexión sobre este tema diciendo: “*De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.*”. Notemos: ¡cada uno de nosotros! Nadie quedará eximido. Y además, la rendición de cuentas no será a los hombres sino a Dios, el Omnisciente, el Santo y Justo, que es también el Dios de Amor.

Resumiendo la idea principal, Pablo dirigiéndose a los fuertes y a los débiles aunque probablemente de modo especial a los fuertes, y sacando una conclusión, procede a formular la siguiente exhortación:

10. No seamos para otros ocasión de caer

Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano.

Pablo exhorta a los débiles a dejar de criticar a los fuertes y a los fuertes a dejar de hallar defectos en los débiles. Ambos grupos deben decidir no poner ningún obstáculo en el camino de sus hermanos. Al contrario—ya que lo negativo implica lo positivo—cada grupo debe ayudar al otro a ser un testigo más eficaz de Cristo.

Dado que ambos grupos aman al Señor, poner su confianza en Él y desean andar en sus caminos, sería erróneo herirse mutuamente insistiendo que haya absoluta unanimidad respecto a cada aspecto de la práctica de la religión.

Si está en juego un importante principio teológico o doctrinal, nosotros no vamos a guardar silencio al respecto, pero en todas las circunstancias observaremos esta regla: “En las cosas esenciales, unidad; en las dudosas (o indiferentes) libertad; en todas las cosas, caridad”.

11. La impureza

Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo pero para el que piensa que algo es impuro, para él lo es.

El lenguaje de Pablo es muy enfático. Su convicción es firme, profunda e incommovible. Es una convicción basada no sólo en la enseñanza de Jesús sino también en la cercanía espiritual que el apóstol tenía con su Señor y Salvador. La enseñanza de Pablo, similar a la del Señor, se encuentra también en la primera carta enviada a los Tesalonicenses: “Todo lo que Dios creó es excelente, y nada es para desecharse si se recibe con acción de gracias”. Y a su discípulo Tito le escribió: “Todas las cosas son puras para los que son puros”.

En consecuencia, la impureza está, no en la comida como tal, sino en la persona que cuestiona si debe comerla o no: pero si alguien considera que algo es impuro, entonces para él es impuro. Esto no quiere decir que el pecado es sólo un asunto de conciencia o de opinión subjetiva. No, lo cierto es que hay muchas cosas que están definitivamente prohibidas.

Ninguna mera opinión de hombre, ni siquiera el silencio de la conciencia, puede hacer bueno lo que Dios ha declarado malo. Pero significa que aun una actividad humana—en el caso que nos ocupa, comer carne que la persona considera impura—es mala para los que la consideran mala.

Al expresarse como lo hace, el apóstol logra dos cosas: (a) anima a los fuertes al demostrar claramente que está de su lado; (b) ayuda a los débiles recordando a los fuertes que los débiles tienen razón al rehusar comer lo que éstos (los débiles) consideran impuro. ¿No debiera este consumado y exquisito tacto ser una lección para todos; y también en especial para cada pastor? ¡Qué corazón amoroso el de Pablo, y cuán sabia su actitud! No sorprende que continúe como sigue:

12. Entristeciendo al hermano

Pero si por causa de la comida tu hermano es entristecido, ya no andas conforme al amor.

Lo que Pablo dice es: “... No pongáis piedra de tropiezo o obstáculo en el camino de vuestro hermano, porque si tu hermano queda seriamente turbado, ya no andas en amor”. Pablo ahora inculca esta urgente lección, haciendo que cada uno de los receptores se la grave. Pablo prosigue:

13. Causa de pérdida

No hagas que por causa de tu comida se pierda aquel por quien Cristo murió.

Es como si el apóstol dijese: “¡Piensa en lo que estás haciendo! Ese hermano tuyo es tan querido por Cristo que éste murió por él. Y sin embargo tú, por medio de tu conducta poco fraternal, lo estás tratando de una manera tal que, sino no fuese por la gracia irresistible de Dios, lo destruirías. ¡Pon fin inmediatamente a lo que estás haciendo y has precisamente lo opuesto!”

14. Mostrando lo opuesto

No deis, pues, lugar a que se hable mal de vuestro bien,

Pablo comprende que, si en presencia del débil la persona fuerte come lo que es considerado por aquel “impuro”, estará hiriendo al débil. Esto sería más cierto aun si, debido a la insistencia del fuerte, el hermano débil se rindiese finalmente a hiciese lo que su conciencia le prohíbe hacer. Además, disputas publicas entre los dos grupos ciertamente darían pié a charla calumniosa por parte de los extraños.

Después de decir: “No destruyes por tu comer a tu hermano por quién Cristo murió. Por lo tanto, no permitas que lo que para ti es una cosa buena sea ocasión de charla calumniosa”, el apóstol prosigue:

15. El Reino de Dios

...porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.

La esencia del reinado real de Dios, la evidencia de ese bendito reinado en medio de vosotros dice Pablo, por así expresarlo, no es afectada por la clase de comida que una persona consume, ya sea que sea ceremonialmente pura o impura, ya sea sólo verduras o también carne, sino que es atestiguada por la posesión que uno tiene del estado de justicia ante Dios, por la percepción de la paz de Dios, paz que resulta de la reconciliación con Dios. Está caracterizada por la experiencia del gozo del Espíritu, gozo inexpresable y lleno de gloria.

16. Sirviendo a Cristo

El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres.

Una persona así es, en primer lugar, “agradable a Dios”. Vive verdaderamente para Dios, para honra y gloria de Dios. Notemos también la frase: “*es aprobado por los hombres*”. Los que dicen: “No me importa para nada lo que la gente piense de mí”, pueden ser culpables de una ultra mundanalidad que no es precisamente piadosa. Pablo ya había escrito: “Ocupaos siempre de que (vuestros asuntos) estén bien ante los ojos de todos”. Calvino estaba bien en lo cierto cuando, al comentar sobre este texto, escribió: “Ese hombre es aceptable a Dios porque obedece su voluntad; él testifica que es aprobado por los hombres, ya que estos no pueden hacer otra cosa que dar testimonio de aquella excelencia que ven con sus ojos; no que siempre los incrédulos favorezcan a los hijos de Dios; al contrario, aun cuando no haya causa, ellos con frecuencia profieren contra ellos muchos reproches ..., pero Pablo habla aquí de hombres de juicio honesto, no mezclado con aspereza, ni odio, ni superstición”.

17. Paz que edifica

Por lo tanto, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación.

La paz es un don que Dios en Cristo imparte a la iglesia. El es “el Dios de paz”. Por lo tanto, la paz genuina es “el don de Dios”. Esto no significa, sin embargo, que debemos dar esta paz por sentada. Al contrario, aquí se nos recuerda que es nuestro deber “buscar las cosas que llevan a la paz”.

Cuando Pablo habla de la mutua edificación, con esta expresión demuestra que visualiza a la iglesia como un edificio. Esto implica que se trata de un cuerpo unido. Sin embargo, no debe pensarse que este edificio está terminado. No, está siempre en construcción. Aun las piedras individuales distan de ser cosas estáticas. Si las cosas van como deben, las piedras están en proceso de ser hechas cada vez más hermosas. Lo que es más, ¡se trata de piedras vivas! Como bien dice Pedro.

El material de construcción principal es el amor. Esta es más importante aun que la libertad. “Cuidaos de que el ejercicio de vuestra libertad no se transforme en una piedra de tropiezo para el débil” le dice Pablo a los Corintios. En realidad, el amor es mejor aun que el conocimiento. “El conocimiento envanece, pero el amor edifica”.

18. Cuidando la obra de Dios

No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas a la verdad son limpias; pero lo malo es comer algo que haga tropezar a otros.

Ya hemos tomado nota que antes Pablo se dirigía a los fuertes. No hay razón para creer que en los versículos que vienen inmediatamente a continuación él esté dirigiendo sus palabras de advertencia y exhortación a un grupo diferente. La primera parte del pasaje no causa ninguna dificultad. Tras haber alentado momentos antes la obra de la edificación, el apóstol advierte ahora en contra de hacer lo opuesto, a saber, destruir o derribar. Este destruir es tanto peor porque tiene que ver con la obra de Dios en el corazón y la vida del hermano débil y porque se hace solamente por algo material, a saber, ¡la comida!

Y si alguien llegara a objetar que está perfectamente bien que la persona fuerte coma lo que le gusta, visto que toda comida es limpia, como Pablo mismo acaba de admitir, la contestación es: “No cabe duda que todo es puro, pero es erróneo—malo, nocivo—que una persona coma algo que causa tropezar (a otro)”.

Después de declarar que es lo malo, una expresión respecto a lo bueno procede naturalmente.:

19. **Amando al hermano**

Mejor es no comer carne ni beber vino ni hacer nada que ofenda, debilite o haga tropezar a tu hermano.

No es la intención del apóstol “establecer la ley” en cuanto a comer y beber. No está dando una orden sino que está, de modo paternal, recomendándole al fuerte a limitar voluntariamente el uso de su libertad, y a hacerlo por consideración a su débil hermano en Cristo; que en presencia de esa persona débil él se abstenga del privilegio de comer carne. Es el mismo Pablo, que antes dijo: “Porque si tu hermano queda seriamente turbado por lo que comes, ya no andas en amor”. No cabe duda de que el apóstol estaba dando un consejo excelente e inspirado al decir:

20. **El consejo**

¿Tienes tú fe? Tenla para ti mismo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba.

Notemos el fuerte énfasis en el pronombre tú, que en el original aparece al comienzo mismo de la oración. Es como si Pablo estuviese escuchando, con su imaginación, a un creyente “fuerte”; pero uno a quien le encanta oírse a sí mismo. Ese sonoro hablador está diciendo: Yo insisto en mi libertad; y yo digo que yo no permitiré que nadie interfiera con esa ilimitada libertad mía”, etc. Y es como si Pablo, por así decirlo, contestase: “Es mejor que tú guardes entre ti y Dios esa convicción que tú tienes”, con lo que quiere decir, aquella persona que es internamente feliz—a saber, el creyente “fuerte”— evita traer sobre sí

misma el juicio de Dios por insistir en el ejercicio de su “libertad” aunque tal insistencia resulta en daño para su hermano “débil”. Frente a la persona que no necesita condenarse a sí misma está la que “tiene recelos”, y por consiguiente “es condenada”. Es por ello que Pablo dice:

21. El tema de la fe

Pero el que duda sobre lo que come, se condena a sí mismo, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado.

El creyente “débil”—es decir, la persona que no está segura de estar haciendo lo correcto, pero que “vacila” cuando come (carne)—está condenado. Esto es así porque su comer “no procede de la fe”, es decir, “no está en armonía con una convicción interior de estar haciendo lo que está en consonancia con su fe cristiana. Esta persona peca porque trata de silenciar la voz de su conciencia. Está convencido de que lo que está a punto de hacer es malo, y sin embargo lo hace. Por lo tanto, peca. Por eso Pablo dice: *todo lo que no proviene de fe, es pecado*, es decir, cualquier pensamiento, acción, etc., que no procede de la convicción interior de estar en consonancia con la fe de la persona en Dios—o, por decirlo de otro modo—cualquier acción que es contradicha por la propia conciencia cristiana—, es pecado. De veras, la conciencia de la persona no es el juez final de sus acciones, sean ya las pasadas, las presentes, o las que se contemplan. El juez final es Dios, o, si uno lo prefiere, la Palabra de Dios. Pero esto no altera el hecho que aun para la persona que no haya alcanzado a estar totalmente informada respecto a la voluntad de Dios revelada en su Palabra, es malo oponerse por medio de sus actos a la voz de su conciencia cristiana.

22. Conclusión

Pablo se está refiriendo aquí a algo que puede que fuera un problema temporal y local de la iglesia de Roma, pero que se presenta con mucha frecuencia en las iglesias y requiere solución. En la iglesia de Roma parece que había dos tendencias. Algunos creían que la libertad cristiana había desterrado los viejos tabúes; que ya no tenían sentido las antiguas leyes relativas a los alimentos y que el cristianismo no tenía que ver con guardar ciertos días como si tuvieran un carácter especial. Pablo deja bien claro que esta es la actitud de la verdadera fe cristiana. Por otra parte, había algunos que estaban llenos de escrúpulos: creían que no se podía comer carne, y que había que cumplir rigurosamente la ley del sábado. Pablo llama a los súper escrupulosos débiles en la fe. ¿Qué quería decir? Se puede ser débil en la fe por dos razones:

- a. Porque todavía no se ha descubierto el sentido de la libertad cristiana, y en el fondo se sigue siendo legalista y se ve el cristianismo como una serie de reglas y reglamentos.
- b. Porque uno no se ha liberado todavía de la fe en la eficacia de las obras y cree que puede ganar el favor de Dios haciendo ciertas cosas y renunciando a otras. En el fondo está

intentando ganarse la debida relación con Dios y no ha aceptado el camino de la gracia; todavía está pensando más en lo que él puede hacer por Dios que en lo que Dios ha hecho por él.

Pablo exhorta a los hermanos fuertes a que reciban con cortesía a los hermanos débiles y que no los asedien constantemente con sus críticas.

Este problema no se limitó a los días de Pablo. Aun sigue habiendo en las iglesias dos puntos de vista. Uno es el más liberal, que no ve ningún peligro en muchas cosas y considera que ciertos placeres inocentes no tienen por qué estar en contra del Evangelio. Y hay otro punto de vista más estrecho que se ofende de muchas cosas que los más liberales consideran aceptables.

Pablo nos deja ver que sus simpatías están con el punto de vista más amplio; pero, al mismo tiempo, dice que hay que recibir con simpatía cristiana a esos hermanos más débiles que vienen a la iglesia. Cuando nos encontramos con alguien que tiene un punto de vista más estrecho hay tres actitudes que debemos evitar:

- a. **La irritación:** El ponernos pesados con estas personas no conduce a ninguna parte. Por muy en desacuerdo que estemos con ellas, debemos tratar de comprender y respetar su punto de vista.
- b. **El ridículo:** A todo el mundo le hiere que se rían de algo que considera que tiene valor. No es ningún “pecaquito insignificante” el burlarse de la fe de otro. Tal vez nos parezcan prejuicios más que creencias; pero nadie tiene derecho a reírse de lo que otro considera sagrado. Además, la risa no hará que el otro salga de su estrechez, sino le hará encerrarse más dentro de su concha y volverse más rígido.
- c. **El desprecio:** Está muy mal considerar al más estrecho como un estúpido anticuado y despreciar sus puntos de vista. El punto de vista de una persona es cosa suya y hay que tratarla con respeto. No podremos nunca atraer a otro a nuestra posición si no le mostramos un respeto genuino a la suya. De todas las actitudes que podamos adoptar con los demás, la más incompatible con la fe de Cristo es el desprecio.

Muchas iglesias se han dividido porque los que tienen puntos de vista más amplios tienen una actitud despectiva hacia los que consideran conservadores cerrados o fundamentalistas; y porque los que tienen una actitud más estricta censuran a los que se reservan el derecho de hacer lo que los otros consideran malo. No nos corresponde a nosotros condenarnos unos a otros.

Pablo introduce otra situación en la que puede haber diferencias entre los más estrechos y los más anchos. Las personas más rigurosas dan mucha importancia a guardar ciertas fe-

chas. Eso era especialmente característico de los judíos. En más de una ocasión Pablo tuvo problemas con los que guardaban escrupulosamente las fiestas. A los Gálatas les escribió:

Gálatas 4: 10-11

Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. Temo que mi trabajo en vuestro medio haya sido en vano.

Y a los colosenses dijo:

Colosenses 2:16-17

Por tanto, nadie os critique en asuntos de comida o de bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados. Todo esto es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo.

Y agregó:

Colosenses 2:20-23

Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: «No uses», «No comas», «No toques»? Todos estos preceptos son solo mandamientos y doctrinas de hombres, los cuales se destruyen con el uso. Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría, pues exigen cierta religiosidad, humildad y duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne.

Los judíos habían convertido el sábado en una tiranía, rodeándolo de una jungla de reglas y prohibiciones. No es que Pablo quisiera acabar con el día del Señor; eso de ninguna manera. Lo que temía era una actitud que de hecho creía que el cristianismo consistía en guardar un día especial.

Pero sí insiste en una cosa: Sea cual sea el camino que escoja, que cada cual esté convencido de lo que hace. Sus acciones deben estar inspiradas, no en los convencionalismos sino en la convicción. Uno no debe hacer nada simplemente porque los otros lo hacen, ni porque está dominado por un sistema de tabúes más o menos supersticiosos; sino porque se lo ha pensado y ha llegado a la conclusión de que, por lo menos él, eso es lo que tiene que hacer. El pensamiento principal es este: “Hagamos lo que hagamos, siempre y cuando no viole un principio divino, hagámoslo para el Señor”.

La vida debe regirse por el principio del amor y cuando es así, pensaremos, no tanto en el derecho que tenemos a hacer las cosas a nuestra manera, como en nuestra responsabilidad hacia los demás. No tenemos derecho a inquietar la conciencia ajena en cosas que no tienen importancia. No se debe usar la libertad cristiana como excusa para lacerar los sentimientos de otros. Ningún placer es tan importante como para justificar causar ofensa o do-

lor, y menos ruina, a otros. Agustín de Hipona solía decir que toda la ética cristiana se puede resumir en el dicho: «Ama a Dios, y haz lo que quieras.» Jesús más bien dijo:

Marcos 12:29-31

...—*El primero de todos los mandamientos es: “Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. Este es el principal mandamiento. El segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay otro mandamiento mayor que estos.*

Pablo les recuerda a los suyos que el cristianismo no consiste en comer y beber lo que a uno se le antoje. Consiste en tres cosas muy grandes, que son opuestas al egoísmo.

- a. **La integridad:** consiste en portarse con Dios y con los hombres. Ahora bien: lo primero que se le debe a un hermano en la vida cristiana es simpatía y consideración; en el momento en que nos convertimos a Cristo, los sentimientos de los demás son más importantes que los nuestros; el cristianismo quiere decir poner a los demás en primer lugar y al “yo” en último. No podemos darle al otro lo que le debemos y hacer lo que nos dé la gana.
- b. **La paz:** En el Nuevo Testamento, la paz no es simplemente la supresión de las hostilidades; no es una actitud negativa, sino intensamente positiva; incluye todo lo que contribuye al mayor bien. Los mismos judíos muchas veces consideraban la paz como un estado de relaciones perfectas entre los hombres. Si nos empeñamos en que la libertad cristiana es hacer lo que nos dé la gana, la paz no se puede conseguir nunca. El cristianismo consiste en una relación personal con Dios y con nuestros semejantes. La libertad cristiana limita con la obligación cristiana de vivir en la debida relación, en paz, con nuestros semejantes.
- c. **El gozo:** El gozo cristiano no es nunca egoísta. No consiste en hacernos felices a nosotros mismos, sino a los demás. Una supuesta felicidad que hace a otros infelices no puede ser cristiana. Si uno, en su búsqueda de la felicidad, hiere el corazón e intranquiliza la conciencia de otro, el resultado que coseche no será gozo, sino tristeza. El gozo cristiano no es individualista, sino interdependiente. El cristiano experimenta el gozo cuando se lo produce a otros, aunque le reporte limitaciones.

Cuando uno vive de acuerdo con estos principios llega a ser esclavo de Jesucristo. Aquí está el meollo de la cuestión. La libertad cristiana quiere decir que somos libres para hacer, no lo que queramos, sino lo que Cristo quiere.

